

# La Marina Militar, Defensa de la Potencia económica

NO basta convencerse de la necesidad de que España posea un poder naval eficiente, capaz de hacer frente a sus necesidades marítimas; es necesario que tenga realidad en un plazo breve. No son tiempos de descuidar lo que ha de ser la única salvaguardia verdadera de nuestra independencia y, como consecuencia, de nuestra neutralidad, si así conviniere a las orientaciones nacionales. La neutralidad no se impone sino por la fuerza y no deja de ser sintomático el empeño de que construyamos acorazados—que refleja la prensa francesa en estos días, probablemente al advertir el gesto de Alemania—, sin duda porque juzgan que su existencia puede aprovechar a sus miras internacionales.

España peca de cándida cuando asiente a todas las medidas encaminadas al desarme, por teórico—y lo es siempre—que éste sea; los países cuya industria no es absolutamente libre de la importación extranjera, siquiera sea en aparatos patentados cuya aclimatación en nuestro país no compense los gastos imprescindibles de su instalación—, han de cuidar de que la contingencia belgica no les coja desprevenidos. Cuando la guerra de 1914-1918, aun cuando neutrales—porque así nos convenía, y sobre todo porque nuestra neutralidad era útil a los beligerantes, conviene no olvidarlo—sufrimos grandes retrasos en el alistamiento de nuestros buques de guerra en construcción—el acorazado "Jaime I" principalmente—por falta de aparatos que aún no se construían en nuestro país. ¿Qué pasaría si fuésemos beligerantes?

Por ello, el desarme debe mirarse con grandes precauciones cuando se nos aconseje. No es tarea difícil para una potencia de primer orden el dar la voz de "¡Levántate y anda!" a sus industrias guerreras, si se halla perfectamente preparada, mas no es de tarea tan mollar para nosotros si hemos de tropezar con inconvenientes que todos conocemos. Sobre que el poder naval no se improvisa, porque es cuestión de personal, acaso en mayor escala que de material. Un acorazado se tarda en ponerlo en servicio unos cuarenta meses—si es ya de serie—; pero la preparación del personal indispensable para su manejo es cuestión ardua. Los Estados Unidos—el país de las posibilidades prácticamente infinitas—hubo de amarrar setenta destructores nuevos en Filadelfia por falta de gente idónea para tripularlos. La formación de comandantes y oficiales, requiere una labor de años. Y sin personal adecuado, una Marina es un fantasma, un cuerpo sin alma.

Se habla en estos días de la necesidad de dotar a nuestra nación de medios navales capaces de garantizar nuestra política exterior. Para ello se requiere resolver el problema de las Baleares; pero el proyecto de defensa del archipiélago levantino necesita ser complementado. Es indispensable que se resuelva la cuestión de la libertad de comunicaciones marítimas, que es la base de toda nuestra política exterior. Necesitamos una fuerza naval aficiente, bases navales suficientemente defendidas que se hayan de ofrecer en prenda en el juego de alianzas, una aviación naval "auxi-

Baleares; pero sin olvidar nunca que los objetivos secundarios se logran como secuela del principal, que es, en este caso, el garantizar la libertad de comunicaciones marítimas, base de toda guerra naval, y causa—al perderlas—de la derrota de Alemania en la guerra última, cronológicamente al menos...

España debe poseer la flota necesaria para defender sus puntos de vista en política internacional, en un período máximo de diez años. No se puede abreviar este lapso por las anualidades crecidas que ello significaría. Y también, sin duda, por la capacidad productora de nuestros astilleros especializados en construcciones navales bélicas. Hay que tener en cuenta asimismo la necesidad de reemplazar buques viejos que, por razón de su edad, van perdiendo paulatinamente todo su valor combativo, hasta no ser sino preciosos dibujos animados, cuando lo son, porque los modernos barcos de guerra distan bastante de tener belleza estética, por convencional que ésta sea...

Los pactos pacifistas convienen a las principales potencias marineras para sus fines políticos; pero distan mucho de ser útiles para las de segundo orden, que nunca pasan de ser satélites en el juego de las alianzas. En este caso se halla, evidentemente, España, y hay que evitar los quebrantos que se derivan de esta postura, agradable o no, pero real fatalmente. Cuando se carece de muchos medios indispensables para la guerra—como acaece en el Imperio japonés—, la precaución está en aprovisionarse de cuanto es imprescindible para la lucha, calculando para ésta un cierto plazo, mucho más largo desde luego, que el que se le puede estimar en caso real, sin descuidar los barcos, aparatos patentados, materias primas, etc., etc., que pueden faltar sin probabilidad alguna de obtenerlos mientras se desarrolla el conflicto. Claro que si se dispone de una flota eficiente, estas probabilidades de aprovisionarse adquieren un carácter de realidad inestimable.

Acabamos de conocer el caso de Alemania que, obligada por las estipulaciones de Washington a respetar determinadas restricciones, ha surgido de repente como poseedora de cuanto es necesario para recobrar su parte en el concierto internacional. Es un ejemplo digno de ser imitado, sobre todo si se tiene en cuenta que nada nos liga a Tratados ni estipulaciones internacionales que nos coloquen en situación de inferioridad.

España no se encuentra vinculada a compromiso alguno; es completamente libre políticamente para adoptar las medidas que estime conducentes a la consecución de sus miras, y sobre todo de las encaminadas a mantener sus fines de política exterior. Entre estos medios—no contando con los futurismos—se encuentra la construcción, antes de que el tiempo apremie y la conflagración nos alcance desprevenidos. Hágase, pues, esta flota cuanto antes, con arreglo a los medios financieros y metalúrgicos de que dispone nuestro país, y podremos esperar confiados la eventualidad guerrera. Lo que sería imperdonable es que ésta se convirtiese en realidad cogiéndonos a los es-